

SIC TRANSIT...

Si pudiéramos decir de antemano que tal cosa sucederá, la vida no tendría encantos. Vivir es anhelar, esperar, y lo conocido no es más que mortificación, y lo pasado remordimiento.

Cada sér lleva así en su frente la cifra misteriosa de su suerte futura, — su *ananké*.

Las páginas que siguen no serán una prueba concluyente, pero mostrarán que hay influencias extrañas á nuestros antecedentes, que fijan y deciden lo que hemos de ser en un porvenir más ó menos lejano.

Allá por 1848-49 vino á este país don Antonio de Arcos, casado con doña Isabel Arlegui, chilena. Le acompañaban tres de sus cuatro hijos: Domingo, Antonio y Javier.

Santiago, el amigo de Mitre, de Rawson, de Sarmiento y mío (á él le dirigí las cartas que forman mi libro *Una excursión á los indios ranqueles*), se había quedado no recuerdo dónde.

Don Antonio de Arcos iba para Chile; de paso se proponía arreglar aquí ciertos asuntos, siendo tenedor de títulos del primer empréstito argentino. Lo que hizo, no lo sé á derechas.

Partió y dejó en esta á Domingo, con una especie de banco, que estaba en la calle de la Victoria al lado del teatro del mismo nombre, en una casa propiedad de don Juan Fernández.

Era don Antonio de Arcos un hombre genial, íntimo de San Mar-

tín y de Aguado (1), cuya regia mansión en la plaza Vendôme, en París, han conocido tantos argentinos, como Remigio González Moreno, los Alvear, los Santa Coloma, etc.

He dicho que don Antonio de Arcos era un hombre genial. Una anécdota que sobre él corre lo confirmará, valiendo lo que valiere como hecho real ó histórico.

Estando San Martín en Mendoza, la policía le pasaba todos los días el parte de los que entraban y salían.

Antonio de Arcos, chileno, — leyó San Martín una mañana, y pensó :

— ¡ Es curioso ! que venga, quiero verlo.

Así se hizo.

— ¡ Tú, por acá !

— Como lo ves.

— ¿ Adónde vas ?

— Á Buenos Aires, con la mira de ver si puedo pasar á España.

— No; yo te necesito aquí.

— ¿ A mí ?

— Á tí.

— ¿ Para qué, José ?

— Para comisario y proveedor.

— ¡ Pero, hombre, si soy español ! ¿ estás en tu juicio ?

— No, Antonio, tú no eres español...

— ¡ Caramba !... ¿ No hemos servido juntos allá, en el mismo regimiento ?

(1) Don Alejandro María Aguado, marqués de las Marismas, natural de Sevilla. En 1808, siendo sargento mayor, se encontró en la batalla de Tudela, retirándose después con sus fuerzas á cubrir el sud de la Península. Ocupada Sevilla por el mariscal Soult, Aguado, como otros muchos, se pasó al partido francés, viéndose luego obligado á penetrar en Francia, donde tomó carta de ciudadano. Dedicado al comercio, y con especialidad á la banca, después de haber abandonado la carrera militar, realizó una inmensa fortuna y acometió grandes empresas, muchas de acuerdo con el gobierno de España. Era gran amigo de María Cristina, madre de Isabel II. Murió en España en 1842, y su cadáver fué trasladado á París.

— Sí, pero te lo repito: tú no eres español.

— Y ¿qué soy entonces... yo, hombre?

— ¿Tú? comerciante... verás...

— ¡Sopla..! No te creía tan ingenioso.

— Mira, el primer negocio es que me proporciones tantos miles de chaquetas y pantalones que necesito urgentemente.

— ¡Imposible! En Mendoza no hay tela, ni quien cosa.

— No sé; ganarás tanto por vestuario.

Don Antonio tuvo que resignarse. Puso manos á la obra y el mismo día en que los vestuarios se recibían, las quejas del Estado Mayor le llegaban á San Martín.

Se sulfura y lo hace llamar á su hombre.

— Pero, señor: es infame lo que Vd. hace.

Silencio de Arcos.

— General ¿quiere Vd. que hablemos como dos amigos?

— Bueno; á ver ¿qué?

— ¿Recuerdas, José, mis observaciones?

— Sí.

— ¿Y entonces?

— Pero es que la cosa pasa de castaño obscuro, Antonio; la ropa no está cosida, sino pegada con cola ó engrudo, — tan mal ó apenas cosida está.

— Justamente.

— ¡Pero caraspita!

— Dime, José ¿conoces la ley de la distribución del trabajo?

— Algo.

— Pues bien, desde que el plazo era perentorio y no hay en Mendoza bastante gente que cosa, — es muy sencillo...

— Veamos.

— Daré hilo y agujas, y la tropa coserá por la marca del engrudo ó de la cola, y ya verás: en un verbo todo estará hecho, y si no queda muy elegante, quedará fuerte, — tanto, que se romperá por donde quieras menos por la costura.

Así se hizo, y San Martín, una vez fecho, le dijo á su amigo:

—Antonio, toma tu pasaporte y que Dios te ayude: eres, en efecto, tan español como comerciante.

Volvamos á 1848-49.

Don Antonio, con toda su familia, se fué á Chile.

Domingo se quedó acá: descontaba dinero y daba el tono en los salones; era *sportman*, ginete sobre todo, y floretista (él fué mi profesor, siendo á su vez discípulo de Coulón, el maestro de la escuela simple con pocas fintas, de los desenganches rápidos y estocadas á fondo).

Yo iba á su casa diariamente: todo en él me interesaba, empujando por los polvos y el elixir, á la moda aún, del doctor Evans, y acabando por su correspondencia amorosa.

Un hombre maduro busca, generalmente, á uno menor que él para confidente, y viceversa.

Esa correspondencia la firmaba una mujer, naturalmente, que se llamaba *Eugenia*. Venía datada de Madrid.

¿Quién era esa Eugenia?

En 1850 mis padres resolvieron, por razones que no son del caso, que yo hiciera un viaje.

Me fuí á la India en un barco de vela, pequeño, norteamericano: tardé noventa y seis eternos días en llegar á Calcuta.

Domingo me había escrito un *memorandum* para cuando llegara á París.

Á su letra me ceñí. Me fué bien; no hice necesidades; las he hecho después. Aún conservo el mismo sastré, *chic* entonces y ahora, que Domingo me recomendó. Hay constancias raras.

En París me alojé en la *Maison Dorée*, á la moda aún,— cara siempre; ya no moro allí, cuando voy al otro lado del charco. Sólo como en el restaurant, de cuando en cuando, porque Louis, el mozo principal, que me conoció en mis mocedades, siendo *chasseur* á la sazón, es ahora para mí un verdadero imán. ¡Y cómo me trata! barato y á cuerpo de rey.

Una mañana, el mozo de mi departamento me dijo:

—El señor que vive allí enfrente lo llama.

—¿Quién es?

—No sé.

—Que mande su tarjeta.

Va y vuelve diciendo, que vaya no más, que es una sorpresa.

¿Quién resiste a ciertas curiosidades? El mozo me miraba, como diciendo: no sea Vd. cándido, es una mujer.

Voy pues.

Las faldas supuestas eran... Domingo Arcos.

Nos abrazamos.

—Sabrás que Eugenia está en los Pirineos... lee esa carta...

Leí.

Era la misma Eugenia de antes, efusiva, amorosa, ardiente: la prometida esposa ante Dios, porque aquellos amores eran honestos.

—Y bien ¿qué te parece?

Imaginaos un muchacho de dieciocho años, consultado sobre tan grave asunto y comprenderéis mi perplejidad.

—Domingo... pero si yo...

—No hay pero que se tenga. Óyeme: tú conoces al *gobernador* (así lo llamaban al padre, es modo de decir inglés); estoy mal con él, no me pasa sino quinientos francos, — y lo mío lo he echado á rodar, quedándome apenas una renta, por junto, de doce mil francos... (Don Antonio, entre varias otras manías tenía esta: cuando sus hijos vivían con él les daba casa, carruaje, palco en la Ópera y en el Teatro Francés, sastre, sombrerero, zapatero y mil francos para el bolsillo, por mes. Y cuando vivían en *garçon*, es decir, fuera del paterno hogar, sólo y únicamente les pasaba quinientos francos... una bicoca para hijos de su educación y gustos).

En cuanto á Eugenia, prosiguió Domingo, ella y su madre están tronadas; apenas les quedan diez y ocho mil francos de renta... Á Eugenia, eso no le alcanza «ni para alfileres»... Responde, te lo repito ¿qué te parece?

— ¡Pero, Domingo...!

— Vuelvo á decirte que no hay pero que se tenga; los locos y los niños dicen la verdad... ¿Á ver tu consejo?

Reflexioné un instante brevísimo.

— ¿Y...?

— Que yo así no me casaría.

— Es lo que voy á hacer.

Y eso fué, en efecto, lo que hizo.

Yo me vine al Río de la Plata; á los pocos días de estar aquí fué el 3 de Febrero. Rozas cayó y me volví á Europa con mi señor padre.

Una noche, estando en París, en una *soirée* en casa del señor Rosales, ministro plenipotenciario de Chile (allí, como otra vez lo he dicho, conocí á Donoso Cortés y á Martínez de la Rosa) mi padre preguntó:

— ¿Quién es aquella mujer tan hermosa con espaldas de Venus afrodita?

— Es la hija de la otra persona madura que está á su lado.

— Preséntenme ustedes.

Lo presentaron.

Un momento después, mi padre, que era el hombre de más expediente social que he conocido, ya parecía uña y carne con la madre y con la hija.

Á la semana siguiente, Napoleón III daba un gran baile en el Eliseo.

Mi padre, vestido con su uniforme de general argentino, llevaba del brazo á Eugenia.

Napoleón III lo distinguía mucho, debido en no poca parte á la batalla de Obligado; al verlo pasar y sin sospechar que Eugenia fuera lo que era (el emperador hablaba un poco el español) le dijo al oído; pero bastante fuerte.

— ¿De dónde ha sacado Vd., general, esa estrella?

— Majestad, de España:

Y esto diciendo, se la cedió galantemente.

Esa noche, Napoleón III no habló ya ni bailó con otra mujer.

Al día siguiente, no se hablaba sino de *l'étrangère*... con ironía.

Pero ¿quién era esa extranjera de tan extraordinaria belleza, en cuya frente fulguraba la luz de un porvenir grandioso?

Eugenia Montijo, condesa de Teba, la que muy pocos meses después fué emperatriz de los franceses.

*
**

La he visto últimamente, sin hablarla, á la «novia» de Domingo Arcos, viuda, sin hijos, sin trono... arrugada, cuasi repelente... y con la horrible reputación de ser riquísima y avara.

Así pasan las glorias de este mundo, y la gentil andaluza, con sangre anglosajona, que bailó un *fandango* , sobre una mesa de billar, en Compiègne, — estando allí mi padre, que le predijo lo que sería, — oye misa ahora y se confiesa...

LUCIO V. MANSILLA.

Buenos Aires, mayo 30 de 1897.